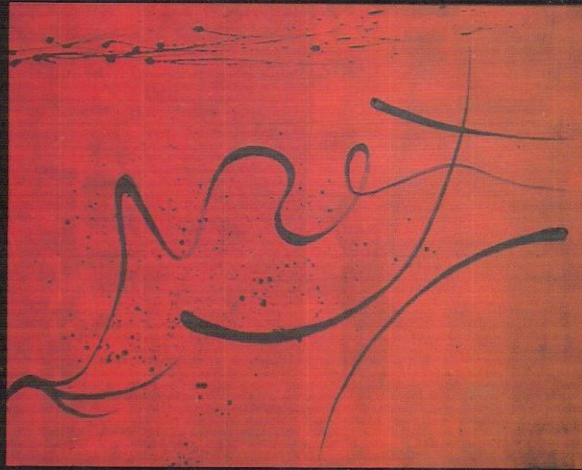
ALBERT CARACO

Post mortem





sextopiso
editorial

Colección Noesis

Título de la versión original:

Post Mortem

Traducción: María Virginia Jaua

Primera edición en español: 2006

Ilustración de portada: Las Cruzadas, de Charlotte Chatignoux, acrílica, 92 x 73 cm

 Avenida Progreso 158, 3er piso

Colonia Barrio de Sta. Catarina

Coyoacán, 04010

México D.F., México

www.sextopiso.com

ISBN 968-5679-45-2

 Impreso y hecho en México

A Max-Alain Schwendimann

Señora Madre ha muerto, hacía bastante la había olvidado, su final la restituye a mi memoria, aunque sea por unas horas, meditemos sobre esto, antes de que recaiga en el olvido. Me pregunto si la amo y he de responder: No, le reprocho el haberme castrado, realmente muy poca cosa, pero en fin... Me heredó su temperamento y esto es más grave, pues sufría de alcalosis y de alergias, yo las padezco aún más que ella y son incontables mis dolencias y además... además me echó al mundo y yo profeso el odio al mundo.

Rara vez reflexiono sobre mi vida, el hacerlo despierta muy poco mi sensibilidad y extirpé mi complacencia hace años, soy como la roca que golpean las olas, el mar es gris y el cielo negro, los nubarrones pasan y las obras permanecen. Me aferro tanto al rechazo del dolor como al de la dicha, no amo más que la indiferencia absoluta y ahora me confundo con ella, mi vida entera es un aprendizaje de la muerte, por cierto que no tengo mucho mérito y desde niño nunca me he sentido del todo bien, presa de malestares permanentes, y subsisto a fuerza de remedios.

¿Seré, pues, un desdichado? Como judío aparentemente había de serlo y la mayoría de los judíos son desdichados, es por ello que profesan un optimismo delirante, su amor por la vida me recuerda las erecciones de los ahorcados y no estoy lejos de pensar que tienen el mismo origen. El rechazo a lo trágico, propio de los esclavos, y por demasiados siglos los judíos no han sido más que eso, esa mentalidad les permitió sobrevivir al tiempo que los volvía perfectamente ruines, consintieron en la abyección con tal de conservar la prenda, y la conservaron, pese a la abyección y a quienes se la impusieron.

Mi odio por este mundo es lo más estimable que hay en mí, odio al mundo como enfermo y como judío, he aquí dos títulos de lo más respetables, amo la muerte y hago bien, la mayoría de los enfermos no la aman lo suficiente y su furor por vivir los hace indignos, por su parte los judíos no la aman en absoluto y su apego a la existencia es el motivo del asco que inspiran en los otros. A estas dos razas de hombres les falta perspectiva, reserva y pudor, ni los enfermos ni los judíos tendrán estilo jamás, son pobres en el peor sentido de la palabra, que cuando lo necesitan se arman de su miseria.

Señora Madre amaba la vida, no desmesuradamente, pero sí un poco más de lo normal, reprobaba el suicidio y rechazaba la idea de la muerte, incluso se atrevía a decir que había que vivido todo como si uno no se fuera a morir jamás, de modo que la vimos bastante desarmada y le faltó grandeza, creyó en sus médicos que le mentían con impertinencia y la proximidad de la nada no despertó sus sospechas. Mi estima por ella se redujo a la mitad, sólo fue una pobre mujer, sus hermosas cualidades quedaron desmentidas, sufro por ello, su voluntad de vivir y su esperanza de curarse la hicieron malograr su fallecimiento.

Hacía años que Señora Madre estaba enferma, ella no sabía con certeza lo que tenía, se quejaba de la garganta, al parecer sufría una laringitis y a menudo su voz era un poco ronca, esa clase de síntomas suelen tenerse por alarmantes, pero ella no se consideraba en peligro. Sólo un médico la asustó a ese respecto, pero la trató con tanta rudeza que ella se hartó del personaje, de todos modos él no habría podido salvada, el cáncer de pulmón es incurable. Así que la pobre mujer llevaba su muerte en ella como un niño que debía nacer haciéndola, a su vez, perecer.

Señora Madre mejoró mucho con la vejez y creo que tuve bastante que ver con ello, su gusto era acertado, aunque a veces le faltaba discernimiento, en ella lo adquirido no estaba a la altura de lo natural, no obstante sus errores eran de lo más escasos, incluso dejó de cometerlos en los últimos tiempos. Pocas veces la vi con mejor apariencia que en el verano del sesenta, la expresión «aire saludable» no era inapropiada, la enfermedad ya estaba incubando, aquella sombra de melancolía bastante nueva le daba encanto y un cierto estilo, para mí era un gusto caminar junto a una persona que fijaba las miradas sin deseos de por medio.

El verano del sesenta lo pasamos en Vichy, donde Señora Madre se curaba de la garganta, los sagaces médicos a quienes había consultado hablaban de laringitis, nadie sospechaba que la muerte acechaba a esa noble mujer. Un mes más tarde, en Biarritz, sintió como una primera alteración y su rostro se hundió imperceptiblemente, en el invierno enronqueció y tosió más que de costumbre. Al año siguiente tuvo un último instante de belleza en esa hermosa catedral de Aix, uno hubiera pensado en el color del lugar o en el reflejo de sus decorados. Acababa yo de asistir a su ocaso, se trataba del último destello de luz.

He ahí, me parece, un lenguaje amoroso bastante insólito en un hombre que pretende no querer a su madre, esas contradicciones son naturales, estoy lleno de meandros, en fin escribo y eso lo dice todo, me pierdo en mi propia senda. ¿Amor o desamor? Pongámoslos juntos o uno tras otro, la verdad, lo ignoro. Mientras que Señor Padre derrama unas lágrimas, mis ojos permanecen tan secos como siempre, es cierto que nunca lloro, no debieran tacharme de indiferente, mis ideas me vedan el *pathos*, mi estilo me prohíbe siquiera contemplarlo.

El mundo de la mujer no es el mundo del Espíritu, sin embargo la mayor parte de los hombres permanecen lejos de él, y atribuirles el Espíritu por el simple hecho de no ser mujeres me parece una presunción insostenible, por lo general los hombres se sitúan a la par o más abajo que las mujeres. Me siento lejos de los hombres y de las mujeres, su unión me parece harto ridícula y prefiero la soledad al matrimonio y la nada a la paternidad, las mujeres cuelgan de nosotros más de lo que nos sosiegan, a pesar de la ilusión contraria, pero para deshacer su hechizo hay que someterse a la continencia.

La menstruación, la preñez y el parto, y la lactancia, no se pueden glorificar semejantes servidumbres, son repugnantes y hacen temblar a muchos hombres, aunque éstos escondan el horror que sienten porque temen ser vistos como monstruos. Los hombres enamorados fingen olvidarlas, los demás guardan silencio, es un tema que se elude y nos aflige a todos, los musulmanes aseveran que las mujeres se librarán de ellas cuando estén junto a nosotros en el Paraíso, o sea que son pocas las esperanzas de cura, los judíos dan gracias a Dios cada día por haberlos hecho varones.

Las atenciones a las mujeres son, pues, naturales, nos esforzamos por consolarlas de la miseria que conlleva su sexo, comúnmente nuestras leyes sirven para redoblarla, empezando por las leyes morales y religiosas, las mujeres parecen ser sus víctimas, aún más deplorables al hacerlas consentir en su condición. Durante siglos, las hemos obligado a la gravidez permanen-te y les inculcamos las ideas más inhumanas: y, ¿qué cosa más atroz que nuestro ideal de fecundidad? Degradamos a la mujer al nivel de un instrumento impersonal y la forzamos a producir a aquellos a los que se inmola.

¡Dichosos los castos! ¡Dichosos los estériles! Cristo y Buda opinaron lo mismo y desde que han muerto uno y otro, ¿cuántos de entre los miles de millones de humanos venidos al mundo parecieron dignos de envidia? Un número ínfimo, sin duda alguna. ¿Qué decía Platón? Que el hombre más feliz de su tiempo, el Gran Rey de Persia, contaba pocos días que fuesen tan bellos como una noche sin sueños. Cuando miro a quienes juran que la vida es una delicia, no los encuentro ni hermosos ni bien nacidos, ni razonables ni sensibles, ni finos, ni sabios, ni profundos, sino muy parecidos a lo que enaltecen.

Los seres nobles rara vez aman la vida, prefieren las razones para vivir que a ésta, y aquellos que se conforman con la vida son siempre abyectos. ¿Qué tiene la vida de deseable, cuando no es sublime? Los placeres del cuerpo, no sin extrañeza vemos a los más feos y malsanos saborearlos con una rabia acrecentada y precipitarse en ellos con un furor que ni el abuso agota, las naciones vencidas son prolijas en villanos de la especie insaciable, esas bestias se resarcirán de noche por las servidumbres que el día les impone. ¡Señor!, ¡líbranos de parecernos a las larvas!

Señora Madre tenía una filosofía bastante similar a la que profeso en estas páginas, no quiso un segundo hijo y esta resolución la tomó apenas al salir de la infancia: la visión de tantas familias numerosas y todas , infelices, por ser numerosas, le dictó las razones de su conducta. Su recelo hacia el amor, del que me alejó, no era del todo ajeno a semejantes móviles, pronto me aconsejó un egoísmo razonable y me armó contra todos los placeres. El alumno le regresó sus lecciones al maestro, finalmente el maestro se dio por vencido ...

La historia de una enfermedad no entraña interés alguno y la muerte pronta es una bendición. Señora Madre agonizó durante más de diez meses, aquello comenzó el primero de noviembre del año 1962 y terminó en el transcurso de la noche del ocho al nueve de septiembre, el preludio de su agonía fue espantoso y no fuimos testigos de la conclusión, aparentemente menos dramática. En la madrugada del primero de noviembre, vi al pie de la cama una cubeta llena de sangre y Señor Padre me relató el asunto, la noche anterior ella no parecía enferma y hacia la mitad de la noche empezó a vomitar con abundancia, parecía poco menos que una moribunda.

Los médicos se sucedieron unos a otros como una parvada de cuervos, impotentes todos, susceptibles todos, celosos unos de otros, disputándose por prelaciones y ni siquiera ante la muerte olvidaban su orgullo. Estos señores no han cambiado tanto desde los tiempos de Molière, pero hoy le matarán por más dinero, Señora Madre enriqueció a ese gremio, así como al de los fabricantes de droga, recibió varios cientos de inyecciones distintas y absorbió un número incalculable de píldoras, tantas como para aniquilar a todo un rebaño de bovinos. En el momento de su muerte, las cajas de medicamentos formaban la pirámide.

Que estos cuadros me sean perdonados, sólo retrato la verdad. No les guardo rencor a los médicos, son unos pobres hombres al igual que sus enfermos, que se vuelven insensibles por obligación, aunque hubiera deseado a veces que su oficio sólo estuviera disponible a santos esperanzadores, y que el espectáculo de nuestros sufrimientos no los endureciera al grado de acrecentarlos. Lo más extraño era que daban risa, en el momento mismo en que uno hubiera llorado gustoso: a la cabecera de la agonizante representaban no la vida, sino la nada del mundo víctima de su mueca, ni siquiera sabían cómo consolar a aquella a la que no podían curar.

Dije, y lo mantengo, que la familia de Señora Madre no era de mi agrado, pero dicho sea entre nosotros creo que ella opinaba lo mismo, mantenía cada vez más a distancia a sus parientes y hacía veinticinco años perdimos hasta su huella. De joven, mantenía con esa gente unos contados puntos de semejanza, en la madurez nada de eso subsistió, cosa que me agradó y la felicité por un cambio que le daba mejor semblante, ella recibió el cumplido sin displicencia alguna. Le hice notar el aire vilmente horrendo de ésta o de aquél, ella lo admitió de buena gana.

Poseía el arte de hacer felices tanto a los que vivían con ella como a quienes trabajaban para ella, doble virtud de las mujeres mejor nacidas, todos los que se acercaban a ella se congratulaban de haberla conocido, nunca ofendió a nadie, los rechazados se lo merecían. El sentido del orden cobró en ella la dimensión propia de lo armónico, sus cualidades se iban fortaleciendo con el tiempo a medida que su juicio se aguzaba, en cuanto a la vejez, no tenía por qué temerla, la estaba abordando cuando aún parecía tan lejana y fue sólo gracias a un mal despiadado como la edad fue abatiéndose sobre ella.

Siento que me estoy volviendo demasiado personal y me detengo, al reivindicarse de nuevo mi pudor. El mundo está lleno de mujeres muy amables y muy notables, varios millones de familias están convencidas de ello y no todo es ilusión en semejantes pareceres, la complacencia, ciertamente, opera milagros, pero la objetividad empieza donde los de afuera nos dan la razón. No me queda sino creer en las virtudes de Señora Madre, ya que existen quienes se interesan en su persona y parecen conmovidos por su ausencia, la cortesía no llega tan lejos y la mentira se agotaría. Ella vivirá en mis escritos y ésta es la manera de pagar mi deuda.

Los vestidos de Señora Madre son del mejor gusto y al contemplarlos me invade una melancolía bastante voluptuosa, el mundo de la mujer tiene sus cosas agradables y lo sublime, que todo lo rebasa, no las sustituye, los accesorios y las bagatelas poseen una forma de elocuencia, su común denominador es la felicidad. Amo la gloria de los elegidos pero, he de confesado, el tocador de una mujer bonita -toda proporción guardada- la complementa, ignoro los deleites de la existencia, sin embargo los estimo, no me ha sido posible cultivarlos, mi vida es oscura y militante... Es que tenía un pedazo de muro que vigilar.

Me sorprendo aspirando los perfumes de Señora Madre, me la devuelven al instante y ya se adivinará mediante qué encanto, es una dicha profunda que al restituirme una presencia encierra una filosofía, he recobrado -al igual que Marcel antes de mí- el tiempo, he probado el *sabbat* y remito al lector de mis páginas a esas otras en las que analicé la obra de Proust a la luz de las místicas judías. Marcel fue uno de los arquitectos del tiempo, un verdadero asidonense, a muchos franceses aún les falta entenderlo, por ahora sólo lo disfrutan y en vano se preguntan: ¿por qué opera el encanto?

El armario de Señora Madre está repleto de tesoros, Señor Padre, a decir verdad, no los descubre, no ve en ellos más que pretextos para las lágrimas, todo le duele, el más mínimo recuerdo lo hiere, los últimos meses le ocultan los años, la máscara de la muerte opaca las luces de una vida cien veces más larga, de dos fantasías eligió la equivocada, y confundió la desdicha con la verdad suprema, ¿Me atreveré a decirle que se engaña? ¿Qué prueban las semanas sombrías? Sólo se prueban a sí mismas y no declaran ni en contra del pasado ni en contra del sueño que les seguirá por siempre.

Fue hacia el año 1960 cuando Señora Madre se tornó melancólica y eso le imprimía el aire más hermoso del mundo, ese cambio cuya causa no pude penetrar la hizo más entrañable a mis ojos, las sombras de la muerte son los condimentos del amor y la vida eterna sería la escuela de la frialdad absoluta. Uno ama a quien amenaza el mañana, y más aún cuanto mayor sea la amenaza, Dios no ama y no es un objeto de amor, el amor divino es un disparate, lo mejor, ciertamente, es no amar a nadie y para ello es preciso empezar por nosotros mismos. El que hace profesión de odiarse a sí mismo rompe con los apegos sensibles.

Cuando pensamos nuestros sentimientos, nuestros sentimientos se desvanecen, basta que la mirada del Espíritu se pose en ellos para reducirlos a cenizas en el acto. Señora Madre ha muerto, o me ahorco o la olvido, quise destruirme, presentí que traía algunos libros en la cabeza, decidí vivir el tiempo necesario y olvidar a la aniquilada, mi agenda semanal no tenía otro fin, me salvó del abismo en que iba a precipitarme. Debemos enterrar a nuestros muertos o debemos seguirlos, inmolarnos en sus tumbas o darles la espalda sin derramar ni una lágrima...

Mi filosofía es la acertada, pese a las asperezas intimidantes que conlleva, y me niego a flaquear, me volví un asceta y califico de fornicaciones en el aire las delectaciones taciturnas y los suaves abandonos. ¿Acaso los cultivan las mujeres? No las imitaremos en este punto. Señora Madre no ignoraba las durezas de mi sistema, lo consideraba válido, al menos cuando se puede vivir sin amor, para ella era ésta una condición necesaria y eso demuestra que tenía buen juicio. Lo que había opinado del amor siendo joven, la pobre mujer no me lo reveló, y de hecho no me interesaba en lo más mínimo.

Señora Madre soñaba cada noche y durante toda la noche, según daba a entender, pero no me contaba sus sueños, su vida crepuscular se me escapaba, quizás en ocasiones actuara, las mujeres mienten como respiran, su lado oscuro me era desconocido y es la regla del juego entre Madre e Hijo. El lado oscuro de la mujer es más terrible que el nuestro, en Occidente fingimos que ignoramos sus tinieblas, la Edad Media hablaba -es cierto- de Melusina, y Melusina es, a mi juicio el retrato femenino más admirable, a ese respecto Occidente nunca llegó tan lejos.

El hombre puede vivir sin la mujer, la mujer no, la mujer cuelga del hombre y el hombre se imagina erróneamente que la persigue, cuando es ella quien lo llama. Los conventos de hombres valen infinitamente más que los conventos de mujeres, los hombres no necesitan del amor, la carne no los atormenta con la misma fuerza, el hombre no sufre de ser hombre, sino por falta, de dinero o de poder, la mujer sufre de ser mujer y también de no ser amada. Las bellas apariencias, las risas, los juegos, las bagatelas y las gracias, espuma del mar profundo y bajo la espuma un mundo negro en el que ya no nos pertenecemos, sino que pertenecemos a la especie.

El hombre se hizo en contra de la mujer y de no haberse resistido, el mundo no habría cambiado desde los orígenes. Señora Madre coincidía en ello y en general era más heredera de Antígona que de Medea, se podía razonar con Señora Madre, Señora Madre albergaba en la cabeza a un verdadero hombre discreto, de buen consejo y de criterio ilustrado, lleno de mesura y de rectitud. Es una pena que su enfermedad hubiera dado al traste con sus cualidades más nobles, matamos su espíritu para evitar que su carne la torturara una y otra vez, sufrió poco y sólo en las horas que precedieron su muerte.

Nos mostramos hipócritas, engañamos sus temores y sus esperanzas, fue el teatro más horrible, nuestros modales nos lo imponían y no nos atrevimos a enfrentarlos, lamento ese asesinato espiritual y hubiese preferido la eutanasia, hubiera deseado que no engañásemos a la enferma y que muriera voluntariamente en los inicios de la agonía, es ése mi único remordimiento. Pobre Señora Madre, víctima de la caridad, que no la salvó de la decadencia, la abrumamos con medicinas que su cabeza no pudo resistir, vivió ¡ay! qué vida, en comparación de la cual el asesinato físico resulta una bendición.

Y, ¿qué debía hacerse? ¿Habría soportado Señora Madre los esclarecimientos que le negamos? Ella hablaba de su vejez y jamás de su muerte, prefería envejecer a morir con elegancia, no es ése el ánimo de una coqueta, ella gustaba, pues, de vivir y cuando era joven, parece que se divertía mucho en el Berlín de los años 1925 a 1929, había tenido su porción de alegría y de frivolidad, eso la volvió sobria. Me juzgaba singularmente trágico y, sin condenarme, ella no caía en mi pesimismo, confesaba que toda mujer dispone de recursos que los hombres ni siquiera sospechan.

Señora Madre, en el fondo, me pareció una atormentada, confesaba que de joven solía temblar, sin embargo tenía tanto valor como alarmas, su equilibrio ella misma se lo dio, fue una victoria personal. Era muy dada a los desmayos y Señor Padre, un hombre experimentado, volaba al rescate de su amada. Cuántas veces habré visto a Señora Madre desmayada, no me atrevería a conjeturarlo, cuando volvía, volvía de lejos, muchas veces sentía que moría y en ocasiones, a falta de ayuda, sin duda sus temores se hubiesen vuelto verdades, hubiera sido ése el resultado. Era débil, y sus recursos la sostenían aun en sus desfallecimientos.

Pido disculpas por estos detalles, pero parece que son importantes: Señora Madre era AB y yo soy A, en mi familia paterna se piensa que dominaba el grupo O. La pobre Señora Madre estaba destinada a las enfermedades que llaman humorales, y condenada a morir de tumores malignos, se creía sana y se enorgullecía de su temperamento, no era sana y no soy sano, puesto que ella me cargó durante nueve meses, eso me predispone a los mismos accidentes, ella había superado su caos natural, su admirable carácter fue un sistema de defensa, yo no he superado el mío, por lo que sin duda he de perecer.

Decía que tenía el atractivo de la juventud y que, si se la miraba de cerca, se ponía en entredicho la admiración que suscitaba al principio. A mi juicio, su encanto provenía de otras fuentes, a las que sería incapaz de remontarme. Era mujer soberanamente, y tras un síncope acto seguido pedía sus polvos y su maquillaje, aterrada con la idea de no agradar. Mantuvo su disciplina de coquetería hasta los umbrales de la muerte, pues conocía muy bien el mundo y no se hacía ilusiones en cuanto a su disposición hacia las mujeres, condenadas una vez que dejan de seducir.

Sé que tenía miedo, pero mientras vivió la tuve por el valor mismo y me apoyaba en un ánimo que percibía en ella, y del que se armaba para hacer frente a sus angustias. Ella era el orden e irradiaba luz pero, al fin y al cabo, esas apariencias no fueron más que una obra reconquistada una y otra vez al caos y a las tinieblas: era demasiado inteligente como para no sentir las contradicciones, a las que era dada. ¡Descanse en paz la pobre atormentada! Sufrió mucho y ahora que está disuelta reposa al fin, y por primera vez duerme una noche sin sueños.

Señora Madre, que siempre soñaba y cuya noche no era sino una retahíla de sueños, esos sueños que ella no me contaba, pese a mi insistencia, cada vez con más frecuencia veía en ellos a su propia madre fallecida del cólera cuando tenía unos cinco o seis años: ésta ha sido la única confesión que he podido arrancarle. Dicen que semejante presagio tiene algo de siniestro y supongo que los avances imperceptibles de su enfermedad influían en la naturaleza de sus sueños, quizá sus profundidades le estuvieran advirtiendo, pero tenía miedo a morir y no prestó oídos a su llamado. Una vez en cama, las medicinas acabaron con su lucidez.

El mundo secreto de Señora Madre, lo adivino ahora, transcurría bajo los influjos del miedo, ella se avergonzaba de sus supersticiones y me las ocultaba: invocaba a la luna cada mes con oro en las manos, y luego me obligaba a recibir sus bendiciones, cerraba cuidadosamente los armarios y al coser un botón, yo no debía permanecer en silencio, le gustaban los amuletos, hacía conjuros y temía el mal de ojo, pero cabe decir a su favor que se hizo menos supersticiosa conforme fue envejeciendo, a menos que lo disimulara con más artificio.

Esto, a mis ojos, hace su carácter más admirable aún y lo mejor en ella era una razón lúcida y congruente. Señora Madre y yo argumentábamos como filósofos y sabíamos guardar silencio juntos, adivinándonos, entendiéndonos, poniéndonos de acuerdo sobre cantidad de temas sin reñir casi nunca. Ella mostraba una cortesía natural, aunada a una reserva exquisita, los miembros de nuestras dos familias se lo reprochaban, pues mantenía a la gente a distancia y nunca bajaba la guardia, se le acusaba de orgullo sabiendo que no era exactamente eso, sino el efecto mismo de su excelencia.

Hoy incineramos a Señora Madre, somos dos quienes la acompañamos hasta el horno, Señor Padre y yo. Henos aquí, el horno es de un estilo excelente, las galerías que lo rodean invitan a la meditación, por primera vez desde no sé ya cuántos días el sol atraviesa las nubes y nos calienta tras semanas de viento, lluvia y friura. El pueblo -que nunca vive- supone a los muertos más vivos que los vivos, a quienes considera irreales, por eso el culto de la remembranza es pueblo. *Fui, non sum, non curo*, he aquí mi lema, debemos olvidar a nuestros muertos.

Debemos olvidar a nuestros muertos como muertos, sin embargo nos está permitido seguir su modelo y perpetuar sus obras, el resto es mera afectación. Quise conservar las cenizas de Señora Madre, las leyes francesas lo prohíben, serán encerradas entre las paredes de un pequeño casillero, es mejor que dejar el cuerpo podrirse bajo tierra e ir ridículamente a dejar flores en su tumba. Soy la resurrección de aquella que dejó de ser, mi obra la rescata de la nada, he aquí que se ha convertido en mi hija, no queda en mí tristeza alguna y Señor Padre se encuentra tan sereno como yo.

¡Qué fácil es morir! La muerte es algo bueno, sólo los ciegos la temen y envidio a Señora Madre, ya no tiene ni un problema que resolver, no estaría de acuerdo conmigo, seguramente hubiese preferido morir octogenaria, ella que todo alegraba a pesar de su profundo estremecimiento, es que tenía más aptitudes para la felicidad que yo, sombrío y apacible, tranquilo y desesperado. Yo que no recuerdo soñar más de cuatro veces al año y me hundo a mi antojo en la indiferencia absoluta, me dejaba seducir por las frivolidades en que a ratos caía la mujer más razonable.

Señora Madre era a menudo maliciosa, llena de gentilezas, de gracias y de ocurrencias extravagantes, daba gusto vivir a su lado, ahuyentaba el tedio, su plática disipaba el mal humor, tenía ingenio a montones y ¿por qué no? causticidad. En ella la edad crítica se produjo de la manera más sutil y le trajo cualidades de un nuevo orden, fue entonces cuando se convirtió en un hombre discreto sin perder sus virtudes femeninas, mirándolo bien una tertulia era lo único que le faltaba, ahí hubiera hecho maravillas, admiré su madurez mucho más de lo que celebré su juventud.

La madurez es nuestra piedra de toque, es ahí donde demasiadas mujeres se descubren y donde su sombra se revela: aquellas madres de familia a las que ensalzan por haber sido fértiles, trabajadoras y piadosas, cuando se las ve de cerca, no tienen nada de entrañable, son unos pobres seres estropeados que su estupidez salva de la malicia, sin encanto, sin gracia y sin luz, y que llamo las ruinas que el orden, la moral y la fe dejan en el camino. Señora Madre se burlaba de la religión, nunca practicó ninguna, sus supersticiones las desechó, en los años previos a su muerte se volvió un filósofo.

A Señora Madre y a mí nos encantaba jugar a burlarnos de esas mujeres, que se juzgan piadosas y no dejan por ello de cohabitar, siempre culpables y siempre perdonadas: ella había conocido a muchas, las tildaba de bribonas y a sus maridos de animales risibles. Ver un cura la indisponía sobremanera y quiso el destino que en el hospital uno de esos hombres negros, feo como el demonio, se propusiera asediar su puerta: ella recibió a aquel mensajero del Cielo con aire majestuoso y no cedió ante él en ningún punto, se armó de lo que le restaba de entendimiento y aplacó el celo de aquel primer sosegador y de otros dos, que lo suplían.

Señora Madre me inspiró el desprecio absoluto hacia las mujeres piadosas a medias, tenía toda la razón y, dicho sea entre nosotros, considero que esas fornicaciones en el aire son más deshonestas que las verdaderas. Murió mientras dormitaba, agotadas sus fuerzas, y fue incinerada sin sombra de ceremonia. Creía en mis palabras, y le demostré que si por ventura Dios existía no podía ser personal, ya que la duración es el elemento constitutivo de la persona y la muerte eterna la recompensa de toda vida. Amamos aquello que debe morir y sólo amamos porque nos sentimos mortales y amenazados.

Dios no nos ama y no es objeto de amor, en el fondo el Misticismo no es más que un Narcisismo y el Dios personal un absurdo, la necesidad que tienen los miserables de sentirse consolados confirma la bajeza de los miserables y no la evidencia de las figuras que ellos suponen. Me basto con el Dios de los filósofos, yo mismo soy una persona y no busco a nadie fuera de mí, consiento en mi muerte perpetua y la idea de salvación me parece un delirio, ser salvado es una violación metafísica. Señora Madre valoraba más el Clasicismo que cualquier forma de Mesianismo, tenía santamente razón.

Así pues, Señora Madre era un espíritu independiente, sin embargo me costó mucho trabajo desterrar esas cuantas supersticiones heredadas de la infancia y de las que terminó por avergonzarse definitivamente. Las mujeres merecen nuestra compasión, se sienten más amenazadas que los hombres, pero como razonan menos no logran entender el terror que las devora, su inconstancia es un apoyo que la naturaleza les depara, y aquella necesidad de creer sin discernimiento nunca ha sido más que la confesión de su flaqueza. Mi Madre era tan sólo una mujer, y en cuanto sufrió por el hecho de no ser más que eso rompió, como por encanto, con la condición propia de su naturaleza.

No es la muerte lo que me aflige, la muerte es preferible al sufrimiento y a la decadencia, Señora Madre hizo bien en morir; lo que me entristece no es el vacío que deja y que mi filosofía colma; sólo sufro al sentir que estuvo enferma, enferma desde hacía años y que la amable mujer era golpeada en el árbol de su vida cuando nadie lo sospechaba y ni ella misma lo sabía. Al menos no tengo nada que reprocharme, le fui muy sumiso, incluso ella confesaba que lo era demasiado y que no esperaba de mí tanta deferencia, quería que yo me le resistiese.

Fui su eterno niño, ella lo lamentaba por mí, pero saboreaba el homenaje y se declaraba en deuda conmigo, en sus momentos de ocio se reprochaba su egoísmo y a veces se sentía culpable: «Te crié para mí sola, no pensé que fuera una madre devoradora y te he mutilado, pobre hijo mío. Deberías cuidarte más de tu madre, aunque no me propongo lastimarte no te hago todo el bien que quisiera y es en mí en quien, a pesar mío, pienso. Sé un poco más rudo, algo de ingratitud me tranquilizaría, en el fondo todos somos unos egoístas temibles ... ».

Había sufrido tanto por ser huérfana, había llorado tanto a su madre, que de alguna manera quiso vengarse de la fortuna y tener sólo un hijo para mimarlo con exagerado furor. Me asqueó de todas las ternuras abrumándome con sus caricias, y desde antes de la mitad de mi vida ya no quería que nadie me besara, estoy harto hasta la muerte de procederes amables, estoy saturado de mimos, es una fortaleza y se lo agradezco, no iré a mendigar las caricias, como tantos hombres mal queridos a los que la sombra de una sonrisa incita.

Hoy los paseos de París se han vuelto lugares de peregrinaje para mí, no existe un lugar en que no me encuentre a Señora Madre y mi arrobamiento se mezcla con la tristeza, la Ciudad se me figura un bosque de signos, todo me recuerda a aquello que perdí y me lo restituye por una suerte de milagro eternamente renovado, tal fachada en la que nunca había reparado se impone ante mi mirada y solicita mi remembranza, creía olvidar a Señora Madre y su presencia es más real que nunca, la muerta está más viva que cuando vivía. ¡Qué sorpresa!, ¡qué enriquecimiento!, y ¡qué revelación para un escéptico!

Aquí merendé por última vez con Señora Madre, una semana antes de la hemoptisis, en el salón de té Smith frente al Museo del Jeu de Paume, después de mi última prueba en Old England, cuando declinaba el mes de octubre. Señora Madre se quejaba de una fatiga atribuida a la temporada, ciertamente pesada, Señora Madre ya no caminaba tanto y desde el inicio del otoño prefería instalarse en un banco, y me pedía que diera vueltas alrededor de ella trazando grandes círculos. En el Smith reconocimos a una de las meseras, que antes había trabajado en Rumpelmayer, donde la vimos en el año 1948.

En las Tullerías, a cada paso, los recuerdos llovían sobre mi persona y su mezcla confusa, donde los años seguían de cerca a las horas, me llenaba de un rumor que me hacía perder el uso de mis facultades intelectuales. ¿Acaso fue antes de la Guerra? ¿O fue después? ¿Y durante qué estancia? Me pareció que todo se sobreponía, en fin, ni yo me desenmarañaba en todo esto y me dio la impresión de tener a la vez diez y quince años, de andar en mis treinta y en mis cuarenta. En cuanto al tiempo, ¡sí lo había recobrado!, pero me había perdido tanto que a falta de un sujeto capaz de albergarlos, mis tesoros se fundían como la nieve.

Y eso, ¿qué prueba? Que tengo un espíritu poético, son fallas del sistema, el mundo es lo que es y los símbolos son fantasías. Señora Madre no tenía nada de único y el universo es prolijo en mujeres adorables y a menudo más infelices, esto es lo que me revela mi objetividad y me someto a sus enseñanzas. Que si Señora Madre hubiese fallecido más joven yo hubiera sido mucho más miserable, y le agradezco de alguna manera el haberme acostumbrado literalmente a su ausencia, la decadencia de su cuerpo hace su pérdida más ligera a mis ojos, y también le agradezco el haber perdido el conocimiento antes de apagarse.

.

Señora Madre me hablaba muy mal de las mujeres, las mujeres -según ella- eran monstruos, no pensaban más que en sus propios intereses, sólo cazaban al hombre con el fin de vivir a sus expensas y nunca lo amaban tanto como pretendían, permanecían, en fin, unas extranjeras hasta la muerte. Cuando ella misma tenía mala cara, me enseñaba su rostro y me señalaba sus defectos, luego se maquillaba con arte y me exhortaba a reflexionar acerca de la metamorfosis, aquel desengaño me dejó helado hacia su sexo, de esta manera logró lo que se había propuesto.

A veces Señora Madre se sentía culpable por haberme asqueado demasiado, no se lo reprocho en absoluto, conforme envejezco sufro cada vez menos de mi continencia. Me impuso el deber de seguir siendo un niño y, para consolarme, me hablaba de mi vejez, que quería muy larga y muy feliz: deseaba verme a su lado y con una barba blanca, lo principal era que no fuera un hombre a los ojos de las demás mujeres, de las que sentía celos. Ensalzaba a todas las madres, condenaba a todas las mujeres, y de vez en cuando se sorprendía de mi alejamiento de éstas.

La vida no es nada en comparación con nuestras razones para vivir, Señora Madre lo sentía, aunque amaba la vida. La confundían con una inglesa o con una alemana, eso facilitaba las cosas, nadie creía que fuera judía y los judíos se extrañaban al enterarse de que era una de ellos, no tenían otro origen su don de gente y su soltura, y se lo hice notar: «Mi pobre Madre-le decía-, no sabes la suerte que tienes, si te parecieras a esta o a esta otra de mis tías, padecerías lo que no imaginas, el odio y el desprecio te acompañarían a cada paso, tu equilibrio no lo aguantaría, y entonces ;sí perderías tu aplomo!.

La envidiaba un poco, hubiera deseado parecérmele y logré amoldarme a ella, adoptando lo que tenía de estilo. A pesar de que prometían mucho tanto en fuerza como en fineza, no pudo dar rienda suelta a sus disposiciones, y sus talentos, a falta de ser empleados, se quedaron yermos. Para colmar su medida, hubiera sido necesario sacrificar a Señor Padre y a mí mismo, vivió oculta por las Escrituras, y tal es el destino de muchas mujeres, que mueren más acá de sus límites ... Sin embargo, aquella en la que hubiera merecido convertirse caminaba a la sombra de su ser, y se comunicaba dulcemente con nosotros.

Señora Madre vive en mí, no tengo más razón para llorarla, encarnó y la llevo en mi seno, ahora ella es mi hija, en un principio pensé que la olvidaría. ¡Vana presunción! No, Señor Padre, no está aniquilada y usted la hallará de nuevo en mí, seque sus lágrimas. Fuimos razonablemente felices, al menos en la medida en que pueden serlo unos judíos, pues lo son muy poco, cuando razonan y sienten, su optimismo metódico revela su abyección fundamental, y si construyen sobre la esperanza es porque el presente se les escapa y porque en sus manos todo se torna polvo.

Señor Padre se entristece al leerme, pero ya se serenará, en efecto tiene inclinaciones hacia lo frívolo, eso le permite a uno vivir y con la vejez se convierte en un privilegio. Remontaremos el curso de nuestra vida en busca de la muerta mientras paseamos por las calles en las que antes la acompañaba. París no ha cambiado mucho desde el año 1929, reencontramos cien veces los lugares que conocimos y me convierto en el mistagogo y el hermeneuta, llevo a Señor Padre de un descansadero a otro y de un altar a otro y le transmito mi ciencia, una geografía de recuerdos y de símbolos.

Señora Madre y yo vivíamos juntos, y si bien durante mis estudios estuvimos separados, reparamos aquel divorcio y no nos volvimos a distanciar, nunca nos veían el uno sin el otro y esto suscitaba el enojo o la risa. A lo largo de esos cuarenta y cuatro años, no frecuentamos más que a cinco o seis íntimos en un siglo: en cuanto a nuestros abrazos, eso ya pertenece al campo de la estadística y a veces me cansaba un poco, comparaba su nariz con el pie del San Pedro de bronce en Roma, gastado por unos cuantos millones de labios, de hecho alguna vez le lastimé un par de costillas.

Le enseño a Señor Padre los lugares sagrados en los que Madre e Hijo paseaban juntos y hacían sus compras, le revelo el tema de las conversaciones y le comunico solemnemente varias luces ignoradas. Nos ubicamos a unos pasos de la estatua de Lamartine y para terminar nos sentamos a orillas del bosque, a unos cien pasos del castillo convertido en Consejo de Europa, Señora Madre es evocada en cada vuelta del camino y sus figuras pueblan literalmente los accidentes del paisaje, me veo rodeado de Madres por docenas, llegan de todos lados y parecen tener todas las edades.

El tiempo ha cobrado una nueva dimensión, fluía como un torrente y helo aquí de pronto próximo a la inmovilidad en un valle inmenso, el cauce del río ya no tiene límites, las horas que se seguían unas a otras incansablemente se arrastran con desgano y se demoran en el camino y a veces vuelven sobre ellas mismas, sentimos un mareo cuya naturaleza escapa al análisis y nos procura una visión previa de lo eterno: es la obra del pasado que resucita y que, al frenar el flujo de la duración, nos multiplica a nosotros mismos a través de la identidad que nos une. Y así Señora Madre, estando muerta nos colma.

Señor Padre está convencido de ello: Señora Madre está con nosotros. Señora Madre nos protege, gustoso haría de ella una diosa. ¿Para qué voy a turbarlo en sus artículos de fe? No es ése mi sentir, los muertos están muertos, pero vivimos para que no sean aniquilados, nuestros actos y nuestras obras pueden inspirarse en su conducta y perpetuar su memoria, las cosas nunca llegarán más lejos. Señora Madre, pese a todas sus cualidades, no vale el retrato que hago de ella y lo reconozco: mi juicio se inclina hacia la apoteosis y me vuelvo prisionero de las visiones que suscito, heme aquí, preso, y satisfecho más que nunca de serlo.

No supo que iba a morirse, quiso sanar y vivir, aún concebía proyectos unas semanas antes de su fallecimiento, hablaba de viajar por Suiza y de comprar un lindo departamento en la avenida Victor Hugo, incluso se encolerizó y nos reprochó que la tuviéramos enclaustrada en el hospital, se sentía débil pero nada le dolía, las drogas surtían efecto, procurándole la ilusión de que no estaba enferma, se nos estaba escapando y no siempre la reconocíamos. Por desgracia, no tuvo esa última felicidad de los agonizantes, no revivió su vida, su vida que, a pesar de sus tormentos, no fue desdichada.

En mayo los médicos se congregaron a domicilio, y tras condenarla por última vez fueron en comitiva a tranquilizar a Señora Madre y a jurarle que, en definitiva, no tenía nada grave. Fueron tres los que sumaron su ciencia, otros los habían precedido, otros habían de seguirles. Señora Madre les prestó atención y no dudó de sus palabras, comía aún con mucho apetito, su semblante aún daba el gatazo, seguía leyendo la gaceta y parloteaba ingeniosamente, paseaba por la recámara y me mandaba a buscar polvos, maquillaje, cremas, lociones, y todo tipo de perifollos.

Me asignaron el lavado de su cabello, había perdido la mitad de su melena, que era la envidia de todos, era rubia y naturalmente ensortijada, así que no necesitaba ir al salón de belleza. Las drogas habían acabado con esa cabellera, eso la tenía desconsolada y a mí también me apenó ver la delgadez de su cuello cuyas vértebras no alcancé a contar. Por aquellos días evocó su infancia, en un momento extraordinario que nunca se repitió: imitó los gritos de los pequeños vendedores de Constantinopla que iban de casa en casa, escoltados por sus pequeños burros.

Con un aire de felicidad indecible que todavía me conmueve, evocó para mí esos pequeños detalles, a la hora de escribirlo se me hace un nudo en la garganta. Me parece que el sufrimiento no llega tan lejos como la felicidad perfecta, y que Señora Madre sintió ésta como recompensa por su buena disposición, que la hacía soberanamente amable. Señora Madre fue, lo reconozco, una atormentada, pero llevaba sus remedios consigo y sus satisfacciones tenían la fuerza que no poseían sus penas, de hecho siento que fui uno de esos remedios, y, que mi matrimonio la habría dejado desconsolada del todo.

Aquel mes de mayo fue con mucho el más trágico, fue en ese momento cuando perdí a Señora Madre y no hacia principios de septiembre, pues ya no era ella. Entonces tuvimos nuestro último momento de intimidad, yo le tomaba las manos con mi mano derecha, y apoyaba la izquierda en su frente: es que todavía respiraba con cierta facilidad. El mismo día, había estado en Lamy-Trouvain tras haber recorrido el Bosque entero, presa del movimiento irreflexivo de la aflicción contra la que luchaba, hacía un calor inusual y el sol no volvió a brillar con la misma fuerza hasta el jueves 12 de septiembre, día en que fue incinerada.

Bien sabía yo que, una vez muerta, Señora Madre volvería a vivir en mí, en mí a quien su agonía parecía interminable a partir de ese mes de mayo, en mí que hacía votos por que muriera lo antes posible, antes de la horrible decadencia que antecede al fin, cuando ya no se levantaba y sufría de languidecer en cama. Entonces no me atrevía a mirarla, por miedo a que esta imagen sustituyera a mil otras, maldecía nuestra moral que nos obliga a reverenciar a aquello que sería preferible abreviar. La amable mujer merecía morir lentamente y no desmoronarse en medio de sus médicos fríos e impotentes...

¿Quién lo diría? Mis recuerdos de infancia no me afectan y mis veinte primeros años me dejan poco menos que indiferente: es cierto que Señora Madre me hizo criar por varias ayas que se sucedieron en el oficio, por lo general fueron unas solteronas bastante cultas y de excelentes modales, gracias a quienes he podido darles a mis queridos padres unas cuantas lecciones de urbanidad. Por más de catorce años, sólo acompañaba a Señora Madre durante los días de fiesta o en las vacaciones, y no la veía más de una o dos horas entre una noche y otra.

¿Acaso ha muerto Señora Madre? Por ahora nada ha cambiado, Señora Madre podría volver, su cama parece estar esperándola, su gran armario y su pequeño armario, su cómoda y su costurero, sus abrigos y sus vestidos, su ropa interior, sus adornos y sus baratijas. Los seres pasan y las cosas permanecen, Señora Madre lo sabía, Señora Madre lo decía y yo le contestaba que a ojos del Estado éstas tenían más importancia, mis argumentos la entristecían pero admitía su exactitud, cuesta menos mantener a mil niños que a un castillo destartalado, o que restaurar los cuadros de una galería.

La vida de las cosas la asustaba y su solidez la consternaba, se sentía amenazada en medio de tantos objetos impasibles, y sin embargo esos objetos, a su vez, hablarán por ella, participan un poco de su naturaleza, Señora Madre los había humanizado, intuyo que los conservaremos bastante tiempo. Señora Madre murió en el umbral de la vejez, cerca de los sesenta y dos años, cuando mucho le calculaban cincuenta e incluso menos en sus mejores días, aun así se habría convertido en una ancianita, aun así esto la hubiera hecho sufrir, y toda su filosofía no le impedía razonar como mujer.

No me gustan ni el dolor ni el placer, aunque me seduce, el mundo de la mujer no me convence, nunca me atrajo la mujer presente en mi Madre, mis profundidades son impasibles, odio el deseo y el miedo, Señora Madre no dejaba de admirar ese ánimo, veía en él la fuente de mi libertad. La muerte no me trastornará por mucho tiempo, pues ahora nada me afecta y Señora Madre se lleva consigo los restos de mis angustias, su final me libera del todo y no veo más que orden bajo mis pies, el caos se disipa, la luz me invade y siento nacer en mí una seguridad apacible.

Pronto ya no me será posible pensar en Señora Madre, los trabajos y los días vuelven a reivindicarse, volveré a ellos por cansancio y la memoria de la muerta se borrará en un símbolo. Señora Madre me salvó de las mujeres y le doy gracias por ello, me libró del peso de la fatalidad que hace del espíritu un esclavo por voluntad propia, es ahora cuando seré la persona en que no podía convertirme bajo su dominio, y el eterno niño que parecí mientras ella vivía muere del todo junto con ella. Creo que son dos muertos los que van a quemar juntos: aquel que fui para ella, se lo lleva y le doy gracias por librarme de él.

El dolor está en todas partes y el primer deber consiste en evitarlo, es la moneda del amor, el amor y el dolor caminan sobre la misma línea, mientras menos amamos menor es la amenaza, es propio del amor degenerar en estremecimiento, entonces aprendemos a temblar por los demás y cargamos con el yugo de la preocupación. Nuestro destino dormita en los ojos de las más inocentes vírgenes, a la sombra de las más hermosas muchachas camina armada la servidumbre, la ilusión renace en cada generación y los besos la prolongan, hace siglos y milenios que el único remedio está en la continencia.

Las mujeres son nuestras enemigas, las madres no son una excepción a esta triste regla, las madres sirven para librarnos de las mujeres, las obras sirven para librarnos de las madres, las obras son hijas del espíritu, las obras salen como Palas de nuestras mentes. Les debemos respeto a las mujeres, les debemos un sinfín de cortesía, los que las insultan caen bajo su yugo, y los que las atormentan acaban arrastrándose a sus pies: las honraremos para evitarlas mejor, las ensalzaremos para alejarlas mejor y las divinizaremos para mejor aplastarlas bajo su símbolo.

Siento que vuelve no como un fantasma desconsolado sino como una amiga compasiva, me parece que desde su muerte poseo una dimensión más. Señora Madre me colma, Señora Madre no me ha abandonado, la idea arraigó en mí y la fuerza de la idea opera el Único milagro necesario, no es a Nuestra Señora a quien adoro, sin embargo me parezco a esos devotos y les perdono su extravío, es una forma de catolicismo y soy muy consciente de ello. Lo sabemos: ¿acaso todo hijo no tiene una Madre que perder? La revelación que se abre paso en mí, tiemblo ante la posibilidad de que me arrastre adonde yo no quisiera ir .

.

Uno de nuestros últimos paseos, antes del desangramiento tras el cual no volvió a dejar su recámara, fue el Museo Moderno de Arte y su pórtico, del otro lado de la pasarela Debilly. Señora Madre observaba las gabarras, unas remontando el Sena con cargas pesadas y como a ras del agua, otras bajando por el río, altas como tantas otras casas y vacías. Hacía calor, pese a que era octubre, un hombre flaco y desnudo estaba ahí tomando el sol, el mismo que vi este lunes de septiembre, unos once meses después, él sigue vivo, y la que me hiciera notar sonriendo su flacura, ha muerto.

Señora Madre había adquirido el hábito de caminar conmigo, y cruzar una y otra vez el puente donde el aire es cortante, pero esa vez me pidió que caminara solo y todo el tiempo permaneció sentada sobre una gran piedra que marcaba el inicio del Paseo, en la ribera izquierda. Esa piedra y la que estaba frente a ella fueron reemplazadas por una rampa de cemento, lo cual me entristeció un poco, pues mi propósito había sido sentarme ahí. Recuerdo que al volver pasamos bajo el pórtico del Museo, donde un hombre alto en patines de ruedas bailaba extasiado un vals, rodeado por unos cien espectadores, mientras un fonógrafo de manivela difundía una música.

A Señora Madre le gustaba aquel extravagante y estoy en deuda con él por haberla entretenido, colocaba su antiguo fonógrafo en el altar situado en el patio de ese museo, y giraba a su alrededor con un arrobamiento que no disminuía ni un minuto, no veía a nadie mientras que todas las miradas se dirigían hacia su persona. Mi lector se preguntará por qué mis recuerdos se detienen por lo general en el umbral del año 1953. Es que durante mi infancia y mi adolescencia no era yo mismo, soñaba y no vivía, recuerdo poco a Señora Madre porque me confundía con ella, en la sombra de su crepúsculo.

Y así, ha pasado una semana desde que falleció Señora Madre: y ha sido la semana más larga de mi vida, me duró ya no sé ya cuántos meses, me he quedado no solo, sino verdaderamente multiplicado, me he quedado con las manos llenas, con una presencia a mi lado y en mi ser una luz. La muerta vertió en mí los dones que no me atrevía a esperar de nadie, el vacío que dejara se colma de gracias desbordantes y de incesantes favores. Buena Señora Madre, le doy gracias, usted me ha revelado aquello que creía imposible y su mi-ión continúa a través de la mía.

Resulta fácil ser casto en el sorprendente estado en que me encuentro, soy como uno de esos devotos de Nuestra-Señora que se consagran al servicio de la idea y me parezco al Doctor Marianus de Goethe. La Razón no ha descendido hasta donde están las Madres, de la misma forma en que su genio se niega todo lo sublime, su papel es mantenerse en la vía media y la estimamos por ello, la Razón no me basta en estos días de septiembre, volveré a encontrarla mañana, desciendo hasta las Madres y subo una y otra vez hacia donde está Mater Gloriosa, es una respiración mística en la que está en juego constantemente mi razón para vivir de ahora en adelante.

He trascendido a Señora Madre, dándome ni más ni menos que otra Madre en el Cielo, yo quería ser huérfano y a pesar mío volví a ser el Hijo, acepto mi destino y sé que es envidiable, llegué hasta el Arquetipo que alberga a la maternidad, vi la fuente en la noche y entendí que ya no estaba solo, le temía a la soledad cuando Señora Madre estaba a mi lado, Señora Madre me entregó a otras manos, y he ahí esas manos sobre mi cabeza. No, nunca lo creí posible, fue como una inesperada resurrección, de la que antes hubiera sido el primero en mofarme.

Perdonen ustedes estas aclaraciones, pero el remedio contra el dolor está en la trascendencia y ningún dolor puede resistirla, el camino no es largo y nuestras virtudes sirven para abreviarlo, la recompensa de las virtudes está en la disposición que imprimen a nuestras costumbres, y como la mayor parte del tiempo subsistimos gracias a éstas, nuestras costumbres acabarán por naturalizar las virtudes menos naturales, somos transformados y el resultado nos lo revela, el movimiento que nos transforma escapa a nuestro entendimiento, en fin maduramos, y avanzamos imperceptiblemente del estado Natural al estado de Gracia.

Quizá Señor Padre no entienda este lenguaje, sin embargo ha sufrido mucho, veló a Señora Madre durante meses, perdió quince libras en ese juego, el pobre no era más que la sombra de sí mismo y pasaba sus noches en medio de sobresaltos, se levantaba de doce a quince veces durante las peores crisis, temía perderlo a él antes que a Señora Madre e insistía en que la instalaran en el hospital, me costó trabajo convencer a la enferma, de haber permanecido aquí habría muerto por lo menos dos meses antes. Quise salvar al menos a uno de mis padres, ya que de todos modos el otro debía perecer.

Mientras vivía Señora Madre me daba miedo perderla, nada más deplorable que su muerte puede acontecerme, la tranquilidad que siento es bastante aterradora. Señora Madre había rebasado los sesenta años y yo tengo más de cuarenta, doy gracias a la Providencia por haber hecho de mí un huérfano ya en la madurez, no me puedo quejar, mi duelo se irá borrando, mi dolor se mitigará, volveré al buen camino y lo que fue permanecerá, aquello que en mi pasado adquiere forma ya no morirá del todo, el tiempo se ha suspendido para ser recobrado, el presente me demuestra que ésa es mi tarea.

Todas las madres dignas de este nombre, todas las madres se parecen en tanto que todas son un reflejo del Arquetipo, es el Arquetipo lo que reverenciamos en ellas, tiene perfecciones que la persona como tal no posee, aunque la persona en sí suscite nuestra admiración. Señora Madre, una persona notable, me remitía al Arquetipo y encarnaba a una Madre Eterna: y así, aunque la persona desaparezca no se lleva en su muerte a Mater Gloriosa, la nube flota, es el juguete de los vientos, y el Arquetipo que disimulaba por intervalos a nuestros ojos permanece en su lugar por siempre.

Otros le otorgan su preferencia a la persona, consideran que la persona es irremplazable, profesan su absoluta realidad, ningún arquetipo podrá consolarlos de su pérdida y, si bien me agrada su pasión, su razonamiento, a mi juicio, no está bien cimentado. Hay en la persona rasgos que nos repelen, así como sombras que nos aterran, nadie en este mundo es adorable todos los días ni de la noche a la mañana, la pasión no debe ocultarnos eternamente lo evidente, el desengaño será tanto más fuerte cuanto ciega la pasión. La perfección se concentra en el Arquetipo, es a él a quien amamos a través de la persona.

El sentido de lo eterno, aquellos que lo recobren serán consolados, y nada desanima a aquellos que lo poseen. La vida es un soporte, no una razón, la vida es necesaria, mas no suficiente: ésa es la lección que aprendemos de los muertos. Señora Madre me reveló las verdades supremas que desconocía estando viva, y que profesaba estando ausente, su boca de sombra me revela las nociones que yo no sospechaba, Señora Madre ha muerto y la Madre Eterna ha tomado su lugar. Es cierto que sólo se tiene una madre, pero los elegidos saben que es una sola, una sola y la misma sin importar el país, el siglo o la persona.

¡Dichosos aquellos que despiertan en la mujer a la Madre Eterna y la obligan a parecerse a Ella! Hallarán una riqueza inagotable en la que los decepcionará siempre, cuando es sólo una persona, la mujer como tal es desigual y nunca podrá equipararse al hombre, sus cualidades profundas son impersonales, sus más altas virtudes son arquetípicas, la labor de las feministas sólo la hace progresar con respecto a los derechos visibles y, sin rechazarla, la consideramos insuficiente, esa labor hace de la mujer un hombre subalterno, un simple aborto de una virilidad, por definición, dudosa.

Como persona, Señora Madre tenía sus defectos, también sus límites, las mujeres más notables de la historia presentan ciertos rasgos característicos de las mujeres, ya sean reinas unas y santas otras, debemos perdonárselos, es el tributo que su naturaleza debe al orden y somos los autores del orden: el papel asignado por nosotros a la mujer, la mujer no lo eligió, si se convirtieran en sacerdotisas y en amantes las mujeres nos impondrían otros aún más humillantes, haciéndonos ver aún más pequeños de lo que ellas parecen, no debemos olvidar que mientras tanto ellas son nuestras víctimas.

Si soy escritor, Señora Madre tuvo algo que ver con ello, halló talento en mí, me insufló valor, me apoyó contra mí mismo y contra los demás, se lamentó cuando estuve a punto de abandonar el oficio y mis escritos se convirtieron en su razón para vivir, no carecía ni de gusto ni de discernimiento, me corrigió algunas veces y la consulté con frecuencia. Es poco común que una mujer sea la autora de una obra notable, sin embargo -hemos de confesarlo- a menudo la suscita, la sombra en la que la mujer se oculta es una fuente de mayor esplendor que la luz en la que demasiadas mujeres se esfuerzan por aparecer.

Señora Madre creía en mi porvenir, es una pena que no hubiera entrado conmigo en una gloria efímera. Cuando se publicó mi último libro, ella había dejado de leer hasta la gaceta, tomó la obra entre sus brazos en señal de agradecimiento y la recibí de sus manos, pero no tuvo ya fuerzas para abrirla y hojearla, al menos había revisado las pruebas, me había pedido que, cortara ciertos pasajes, sin razón creo yo. Las drogas mataron su espíritu tres meses antes de su muerte carnal, la salvamos en parte del sufrimiento, pero no de las tinieblas. -

Veo que Señor Padre está triste, por momentos recae una y otra vez en la melancolía, mi filosofía carece de virtudes lo suficientemente consoladoras, sin embargo está cansado, el peso de la agonía recayó sobre sus hombros, él considera no haber cumplido cabalmente con su deber por no haber hecho lo imposible, creía sinceramente que ésa era su obligación, le argumento que no fue así y que a Señora Madre se le trató como a una princesa, tenía un apartamento, el más bello del hospital, dos enfermeras y seis médicos. Emprendimos un combate perdido de antemano y cuyo desenlace, a juicio de todos, nunca fue dudoso.

Señora Madre tuvo muchos adoradores, pero ese capítulo no es de mi incumbencia, esto es asunto de Señor Padre. Su afición por la filosofía no impedía que le agradaran los cumplidos, con gusto insinuaba que la habían encontrado atractiva, que en sus años mozos tenía de donde escoger, que siendo una mujer joven hubiera podido convertirse en actriz y desempeñar todos los papeles estelares, aparentemente decía la verdad pero, una vez más, esto no me concierne. En cuanto a los adoradores, recuerdo a dos o tres profesores del liceo que, delante de mí, la cortejaron descaradamente.

Señora Madre era prudente y coqueta, jugaba con fuego porque estaba segura de sí misma, era la reserva hecha mujer y nunca perdía la cabeza, pensaba y calculaba sin que se notara, poseía el genio del estratega, sacaba a partir de apariencias tenues unas conclusiones bastante aceptables, y nadie penetraba en el prójimo mejor que ella. Hacía hablar a la gente y sólo arriesgaba unas cuantas palabras, ellos no sabían nada de ella, después de sondearlos aprobaba sistemáticamente a quienes despreciaba, y su gran arte consistía en no lastimar a nadie manteniendo a aquellos que no lastimaba a distancia.

Era experta en hacerse obedecer, nadie sabía defenderse mejor que ella y guardando siempre las formas, conforme envejecía se iban asentando su buen gusto y su estilo certero, prometía ser una anciana agradable y nada regañona, nada aburrida y nada embarazosa, no tuvo esa suerte y lo lamentamos. Su egoísmo no provenía de un corazón frío sino de una razón lúcida, era sensata hasta la punta del pie, en sus mejores momentos era Palas, y nadie mejor que ella velaba por el interés de los suyos sin dar muestras de hacer un esfuerzo.

No, no lloro a Señora Madre, las lágrimas que brindamos a nuestros muertos nos las arranca nuestra complacencia y el hombre se llora a sí mismo. Me es indiferente morir o vivir y siempre ha sido ése mi ánimo, no me conmueven ni las mujeres ni el amor, la mujer que fue en su momento Señora Madre nunca me atrajo, mis profundidades son flemáticas, su tranquilidad me sorprende, todavía no me conocía a mí mismo, y esta revelación me demuestra que nací para ser filósofo. La atormentada fue Señora Madre, pero sus alarmas nos salvaron a todos, su temor equivalía a una sabiduría.

Señora Madre conocía a las mujeres, me mostró sus debilidades y me instruyó acerca de sus ardides, disipó mis ilusiones y todavía se lo agradezco, llegó al extremo de rebajarse con tal de desengañarme, su forma cruel de proceder reforzó mi flema. Me recomendó no buscar la felicidad y me aseguró que todas las desdichas derivan de la búsqueda, creo que no estaba tan equivocada, el más mínimo placer es un compromiso y nunca se sufre un castigo por negársele. Señora Madre, ¡alabada sea su sabiduría! Usted mitigó mi entusiasmo, fue el favor más grande que pudo hacerme.

Señora Madre me predicaba una dicha negativa, una felicidad sin incomodidades, un ascetismo voluntario, un egoísmo virtuoso, y afirmo que tenía razón. Señora Madre había comprendido al mundo y fue del mundo de lo que me salvó, siento que no le reprocho nada y quizá le deba el haber sufrido menos que si me hubiera convertido en aquello que mi naturaleza me insinuaba a veces. Esa naturaleza, la doblegó bajo el yugo de sus principios, pues ella era la mujer fuerte, acostumbrada a superar sus deficiencias, y todo con una dulzura solícita y gentilezas continuas, salidas éstas de su corazón.

Señora Madre fue incinerada antes de que pasara una semana y su presencia es más real que nunca, estoy colmado de ella y medito sus enseñanzas, la tristeza no tiene cabida en mí. La noble mujer tiene un lugar asegurado en el Templo de la Memoria y le edifico un altar cuya materia he aquí, entre Señor Padre y yo la difunta forma un lazo firme y seguro, cuando nos abrazamos pensamos en Señora Madre, la encuentro de nuevo en él así como él la halla en mí. ¡Perdónenme esas intimidades! Son muy escasas en mis obras, es un paréntesis abierto que muy pronto se cerrará.

¡Salve Madre! ¡Asístame con sus consejos y recuérdeme sus ejemplos! ¡Usted se ha convertido en un símbolo y le ofrezco mi escrito en sacrificio de alabanza! La había perdido cuando estaba enferma, la reencuentro ahora que está muerta, aniquilo en mí el recuerdo de su decadencia y restauro el de sus obras. No me importa saber que el universo está vacío, no me importa sentir que nos rige la necesidad y que las leyes del mundo son impersonales, la verdad nunca ha sido otra y afirmo que eso me basta, desprecio a los débiles que se imaginan que volverán a ver a sus muertos.

Nunca volveremos a verlos y por eso mismo los amamos, la nada es el precio del amor y el amor es la corona de la nada, es bueno que así sea, el tiempo y la persona se confunden, el amor y la nada se corresponden, llamo sofistas a aquellos que nos engañan sobre ese tema. El aprendizaje del consentimiento anuncia la grandeza, y la vida eterna es aquella que vivimos en este mundo, nunca en otra parte, no existe otra parte cuando dejamos de ser. ¡He aquí lo que debemos enseñar, he aquí lo que merecemos aprender y he aquí, sin embargo, lo que nos niegan e incluso por lo que nos castigarían si llegáramos a creerlo!

Pensé que había terminado, pero aún me quedan cosas por decir y ¿por qué habría de resistirme al deseo que me subyuga? Déjenme saborear un dolor que se desvanece y mirar una vez más hacia atrás, una vez más tras tantas otras. Sabía que Señora Madre era mortal y desde hacía años la idea de su muerte encendía mi imaginación, quise prepararme a ella poco a poco y cuando pasó, su horror me era familiar y sentí como un sosiego, al ver que la muerte no era nada, ni siquiera la de Señora Madre. Los muertos no sufren de estar muertos y los vivos sufren sólo porque viven.

No es razonable sufrir siempre, a menos que el dolor nos enmiende, los muertos que lloramos lo ignoran, y si permanecemos en el desconsuelo seremos víctimas de nuestra complacencia. Nunca perseveramos por mucho tiempo en una pureza que el hombre no está hecho para mantener, por ello la vida de los santos es más arriesgada, y en ocasiones nos parecemos a ellos, cuando una pasión nos embarga. ¿Acaso debía llorar sobre mi persona y sustituir a la muerta en pensamiento? Todos los desconsolados acaban así, siento que valgo más que mis pesares...

Pues hasta en el dolor hay más presunción de lo que se cree, y más voluptuosidad de lo que se reconoce. Al aislarnos, el duelo termina por reintegrarnos pues nos confiere un mayor peso: entonces nos parecemos a cualquiera y una vez semejantes a todos, formamos junto con ellos una masa de perdición, envueltos en las redes tejidas por el deseo, el miedo, el amor y el odio, títeres de la ilusión y esclavos de la contingencia. En verdad, he roto la cadena, Señora Madre lo sabía, puso a mi alcance los primeros elementos de dicha libertad, que a su vez me librarán de su memoria.

Quiero amar a Señora Madre por estima y reconocimiento después de quererla por inclinación, de lo contrario seguiría siendo, entre los vivos, el hijo desconsolado de una difunta. Serviría mal su memoria si gozara con una amargura hábilmente renovada, y me traicionaría a mí mismo si convirtiera mi duelo en una razón para vivir. Señora Madre tuvo mucho mérito, no había elegido ni a su familia ni el temperamento que le debo, son estas desgracias las que remedio con mi continencia. A la muerte, la espero como se espera a una amiga y como de niño esperaba a Señora Madre.

El rechazo al amor nos eleva por encima de nuestros padres, esto Señora Madre lo sentía y yo se lo insinuaba, le señalaba con mucha dureza que lo que me había transmitido no merecía ser difundido, al contrario nuestro deber mutuo era desaparecer para que nuestros dolores fueran enterrados junto con nosotros. Le gustaba cada vez más la oscuridad que poblaba mi filosofía, la muerte, que la invadía toda, la hacía familiar a sus ojos, habría compartido mis opiniones si no hubiera sido fulminada por los anuncios de su caída que, al forzarla a volver a la superficie del agua, no le dejó otra opción que la de agonizar para vivir.

¿Acaso he vivido? Lo ignoro, mi vida nunca ha sido algo más que una página para leer, y cerca de los cincuenta lo único que conservo de ella son páginas ennegrecidas por la tinta. Mi Madre fue el único acontecimiento de lo que no me atrevo a llamar mi existencia, su victoria es absoluta y sólo tengo carne suficiente como para sentirme espíritu. Mi Madre se convirtió en el altar donde, a pesar mío, iba a sacrificarme en nombre de ese principio, del que ignoraba ser la anunciadora en este mundo. Porque cada mujer lleva en sí la imagen de ese yo profundo, al que sólo accedemos al renunciar al nuestro.

Post mortem es la despedida que Albert Caraco le ofrenda a su madre una vez que ésta ha muerto. Este puñado de aforismos representa una de las máximas emanaciones de lucidez del pensamiento occidental, y al mismo tiempo es la forma en que el pensador más severo del siglo veinte decide inmolarse, con una ternura infinita, sobre el recuerdo de su querida y odiada madre. Caraco, con la devastadora inteligencia que lo caracteriza, pero también con un delicioso sentido del humor sombrío y ecuánime, nos va narrando los últimos días de vida de *Señora Madre*, como él la llama, describiendo con suma precisión los rasgos de carácter que la distinguían, como si éstos fuesen emanaciones del arquetipo de la *Madre Eterna*. De tal suerte que tenemos una de las descripciones más cáusticas, a la vez que, paradójicamente, también más halagadoras del género femenino. Sin embargo, a lo largo de la lectura de estos sombríos aforismos, aflora un nexo afectivo que ilumina todo el camino. A pesar de que el pensamiento de Caraco se rige por el desprecio hacia el mundo, y su madre fue quien lo arrojó a él, «Me pregunto si la amo y he de responder: *No*... además me echó al mundo y yo profeso el odio al mundo», el aprecio que le profesaba se encuentra en la misma vena: lo echó al mundo, pero también le enseñó a despreciarlo, y ésa fue su salvación y el motivo por el cual la admiraba tanto. Albert Caraco no deja de asombrarnos, sus libros son un bálsamo invaluable en este tiempo de gazmoñería intelectual que vivimos.

ISBN 968-5679-45-2
9 789685 679459

